

BIBLIOGRAFIA

FRANCISCO BLANCO NÁJERA.—*El Código de Derecho Canónico, traducido y comentado*. Tomo I, *Normas generales y personas*.—Un volumen de 25 X 18 cm. y 516 páginas.—Establecimientos Cerón y Librería Cervantes, S. L., Apartado 86, Cádiz, 1942. Precio: 40 pesetas.

Esta obra viene a llenar un vacío en la bibliografía canónica española. Creemos que lo llena por completo.

El Cuerpo legal eclesiástico contenido en el vigente Código Canónico no es coto cerrado de algún que otro especialista; pertenece también e interesa grandemente al sacerdote y al religioso, al jurista-consulto y al simple fiel. Pero no todos los que deben manejarlo *diurna nocturnaque manu* tienen la suficiente preparación lingüística para saborearlo en el idioma en que fué promulgado, ni la suficiente preparación científica para penetrar por sí solos su genuino sentido, ni el desahogo de tiempo y medios de trabajo para bucear sus profundidades.

De ahí la gran conveniencia de una obra que dé en lengua vulgar la versión fiel del original latino en toda su integridad, y que explique concisa y certeramente el alcance del texto legal en sí mismo y en relación con los lugares paralelos y los principios jurídicos que lo informan. En otras naciones han satisfecho más o menos afortunadamente esta necesidad. En Alemania, por ejemplo, hay el *Gesetzbuch des kanonischen Rechtes*, del P. Jone. Pero los españoles no teníamos hasta el presente ningún trabajo recomendable.

Por eso resulta oportuno y laudable el empeño del Dr. Blanco Nájera. Todavía no ha hecho sino empezar. El tomo que tenemos a la vista comprende los dos primeros libros del Código, el de *Normas generales* y el de *Personas*, precedidos de un prólogo del autor, de la bula de promulgación y del *motu proprio* que instituyó la Comisión Canónica, y seguidos de un doble apéndice, uno sobre la naturaleza jurídica de la Acción Católica y otro que contiene el Acuerdo entre la Santa Sede y el Estado español, firmado el día 7 de junio de 1941. Vierte íntegramente al español y comenta separadamente canon por canon.

La versión es fiel y castizamente española, aunque a veces se haya deslizado algún pequeño descuido. Compárense, verbigracia, el texto latino y la traducción española del can. 94, § 3: «*Illorum quoque qui non habent nisi dioecesanum domicilium vel quasi-domicilium parochus proprius est parochus loci in quo actu commorantur*». = «El párroco propio de los que no tienen domicilio o cuasi domicilio diocesano, es el párroco del lugar en que actualmente residen» (p. 79).

Por donde se ve que la omisión inadvertida de la partícula latina *nisi* cambia el sentido del párrafo en castellano.

El comentario pertenece al género histórico-coexegético: breve y ceñido, pero jugoso y puesto al día. Recoge bien las mejores doctrinas ajenas, omitiendo siempre la referencia bibliográfica, y no faltan algunos puntos de vista personales. Aprovecha y cita las últimas interpretaciones de la Comisión, como la del can. 81 comparado con el canon 1045, citándolas (p. 71); otras veces no las cita o se adelanta a ellas, como en el can. 641, § 2 (p. 440).

Esto no quiere decir que suscribamos todas sus apreciaciones. Una muestra. A propósito del can. 88, § 3 (p. 76), escribe que «en la amencia y demencia pueden darse intervalos lúcidos, pero quien habitualmente carece del uso de la razón se presume también privado de él en el acto determinado de que se trata...; en los [asuntos] penales no se admite prueba en contrario (can. 2201, § 2)». Lo cual equivale a decir que la presunción de que habla el can. 2201, § 2, es *iuris et de iure* (can. 1826), conforme a la opinión del P. Noval, comúnmente rechazada. En cambio, nosotros creemos con la recentísima obra *Praelecciones Theológico-Morales Comillenses*, t. II, números 170-174, p. 128-132, del P. Rodrigo, que es una presunción *iuris simpliciter* y que admite prueba directa en contrario. Y con todo eso entendemos que, aun en intervalo de lucidez, por muy probado que se suponga, el amente habitual no es capaz de delito canónico, porque el can. 2201, § 2, afecta solamente al elemento *subjectivo* del delito, a la responsabilidad criminal, pero quedan en pie el canon 88, § 3, y el can. 12, que eximen de la ley penal a tales sujetos, es decir, que falta siempre el elemento *jurídico* del delito eclesiástico.

En suma: no pretende Blanco Nájera hacer aquí obra exhaustiva de investigación científica, como en su monografía *Derecho funeral*, sino de vulgarización seria y concienzuda. A nuestro juicio, lo consigue plenamente, y merecerá bien de la bibliografía canónica española si a este tomo primero siguen pronto los que faltan.

F. LODOS, S. J.

PII PAPAE XII: *Litterae encyclicae «Divino afflante Spiritu» de sacerorum biblicorum studiis opportune provehendis.*—Barcinone, apud Seminarium Conciliare, 1943.

(*Carta encíclica del Papa Pío XII sobre el Cuerpo místico de Jesucristo.*— Versión oficial, con un Índice-Resumen.— Barcelona, Seminario Conciliar, 1943.)

Recomendamos estas lindas ediciones, hechas por el Seminario Conciliar de Barcelona, de documentos pontificios tan interesantes y actuales como el del 29 de junio de 1943, en que expone el Padre Santo, con su autoridad suprema y de una manera perfecta y magistral, la jugosa y profunda doctrina sobre el Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia, y el del 30 de septiembre del mismo año sobre el fomento de los estudios bíblicos. Avalorá estas ediciones, además de la pulcritud tipográfica, el cuidadoso y sistemático resumen que las acompaña, utilísimo para quien desee leer fructuosamente estos documentos pontificios, y, sobre todo, para quien tenga que utilizarlos rápidamente.

SCHUSTER, O. S. B., cardenal arzobispo de Milán: *Liber Sacramentorum. Estudio históricolitérgico sobre el Misal Romano.*—Versión española por PP. Benedictinos de Samos. Tomos I, II y III; 262, 232 y 268 págs. Librería Herder, Barcelona, 1935-1943.

Un alemán de procedencia italiana, el prof. Romano Guardini, se puso en Alemania al frente del movimiento litúrgico contemporáneo, que latía hasta entonces recluso en las grandes abadías benedictinas. Y un italiano de oriunde germánica, el cardenal Schuster, arzobispo de Milán, simboliza la restauración del ideal litúrgico llevada a cabo en la Italia moderna. Su obra más importante y fundamental es el *Liber Sacramentorum*, cuyos tres primeros tomos traducidos al español presentamos hoy a nuestros lectores. Se han encargado de la traducción los monjes de Samos y la van realizando con singular esmero. Encabeza el primer tomo una Introducción del reverendísimo abad del mismo monasterio, que nos habla del cardenal Schuster y de su obra; y en el segundo leemos una breve carta de nuestro cardenal Gomá, que tanta parte tuvo en el renacer litúrgico de España. Grandes elogios se han tributado a esta magnífica obra del cardenal Schuster, y no vamos a repetirlos ahora. Son de todos bien conocidos sus méritos. Lo que en el siglo pasado significó *L'année liturgique* de Dom Guéranger, eso mismo viene a ser en nuestros días el *Liber Sacramentorum* del cardenal Schuster. El plan de ambas obras es casi el mismo. Sólo que si aquél comenta y medita todo el Oficio divino, éste se circunscribe al Misal, pero con una riquísima documentación histórica y arqueológica, que responde al progreso realizado por esas ciencias en el último siglo. En el tomo I y en las Introducciones de los siguientes se desarrolla una completa Historia de la Liturgia católica, escrita con insuperable maestría y conocimiento de la antigüedad romana. Todas sus páginas están impregnadas de sabiduría, sin vanos alardes de erudición, ni le falta el suave perfume de la unción religiosa, si bien la obra entera, con ser tan sustancialmente piadosa, lleva cierto carácter intelectualista, no tan acomodado al público como la de Dom Guéranger, arriba mencionada. En particular nos gustaría que desentrañase un poco más el sentido espiritual y místico de las antífonas y colectas, de modo que resultase no sólo un libro de ciencia, sino de oración. Precioso tesoro de himnos, inscripciones y otros documentos litúrgicos hallamos esparcido en las Introducciones y en los Apéndices, tesoro que sería más estimable y útil si en cada caso se determinase el autor o, cuando esto no es posible, la fuente más antigua de donde se ha tomado el texto. Agradecemos a los beneméritos traductores el trabajo que con tanto cariño han emprendido para bien del público español. Su cuidado ha sido en algunas partes casi excesivo, verbi gracia, al poner notas explicativas de los términos derivados del griego. En cambio, dejan de traducir no pocos textos griegos, por ejemplo, en el tomo I, pág. 35, y en el II, págs. 89, 90, 93..., siendo así que a veces traducen los textos latinos, que son de más fácil inteligencia: tom. II, pág. 125, nota, etc., etc.

R. V.

ALBINO ORTEGA, O. S. B.—*La liturgia cristiana en los tres primeros siglos.*—Madrid, 1943.

Trátase de un Enquiridión latinocastellano de antiguos documentos litúrgicos, cuya aparición en nuestra patria saludamos con alborozo. Pero es lástima que un libro tan bello por su contenido no ostente mayores galas tipográficas y, sobre todo, que no salga ataviado con mayor pulcritud técnica y crítica. Se dirá que es un libro de vulgarización y no de carácter científico. Pero aun así, convendría que las citas de las fuentes fuesen más regulares y exactas. Hay muchos documentos que no se dice de dónde se toman. Hay otros, que se dice de una manera imprecisa. Algunos ciertamente se toman de la edición más crítica, otros de ediciones ya superadas. Al lado de la traducción castellana se pone el texto latino (aunque se trate de obras griegas). Un descuido se nota en las páginas 10-11, en que sólo se da la versión castellana de un párrafo de la *Didajé* (¿por qué no *Didaqué*?). Y en la página 47 se anuncia un fragmento de la Apología de Aristides, que luego no aparece por ninguna parte. Preciosísimas son las Inscripciones recogidas en el capítulo VI, pero deseáramos saber a qué siglo, poco más o menos, pertenece cada una y en qué catacumba o lugar fué encontrada. Nos alegraríamos de ver pronto una segunda edición *sine macula et ruga*, para deleite espiritual de los que ansían beber en tan pura fuente.

R. VILLOSLADA.

Pfo PARSCH.—*Sigamos la Santa Misa.*—Trad. del alemán por el Dr. D. Antonio Sancho, Can. Mágistral de Mallorca. 3.ª edición. Luis Gili, editor. Barcelona, 1943.

Innecesario juzgamos presentar al Dr. Pío Parsch, autor de este librito y uno de los más eficaces promotores del movimiento litúrgico en Austria. No es de los que se preocupan de la Liturgia en cuanto ciencia—esto lo deja para otros—, sino de los que la fomentan como piedad práctica y vida cristiana. Difícilmente se hallará libro que en tan corto número de páginas, como “*Sigamos la Santa Misa*”, explique la profunda significación del Sacrificio Eucarístico y de sus ceremonias y oraciones con tanta transparencia y luminosidad, con tanta sencillez y unción. Sobrias indicaciones históricas revelan la maestría del autor, que por lo demás se mantiene siempre en un tono didáctico popular. Ojalá encuentre este sustancioso librito muchos que lo lean y mediten. En las páginas 34 y 65 más exacto sería hablar de *un solo Señor*, no de *tres Señores*, tratándose de Dios trino y uno.

R. V.

A. BELLOUARD, O. P.—*Respuestas de Jesucristo a las preguntas de los hombres.*—Versión española del R. P. Fr. Víctor M. Navarro, O. P. Editorial Políglota. Barcelona, 1943.

Vitales problemas son los que aquí se tocan y se desenvuelven, dándoles la solución verdadera, que es la cristiana. El respeto a la vida ajena es el primero que plantea el autor. ¡Y con qué variedad

de matices y con cuántas interesantes aplicaciones lo va resolviendo! Sigue el problema del mal, del mal físico y del mal moral, del dolor y del pecado. Jesucristo da la única solución consoladora. El problema del éxito o del utilitarismo bien entendido; el problema de la virginidad o del matrimonio; el problema de los pobres, el de las madres, el de la verdadera religión, el de la impureza, el de la realeza de Cristo, etc., etc. Por su penetrante psicología, por su sentido de la realidad, por su lenguaje preciso, claro, de acento sincero, se lee agradablemente este librito ascéticoapologético.

A. G.

FRANCISCO MIGUEL WILLAM.—*Vida de María, la Madre de Jesús*.—Trad. del alemán por el P. M. Zalba, S. I. Librería Herder. Segunda edición. Barcelona, 1942.

No sabemos que se haya escrito una "Vida de María" con tanto sentido de la realidad, con psicología tan penetrante, con tan prodigiosa intuición histórica. El nombre del Dr. Willam se inmortalizó en su conocida "Vida de Jesús en el país y pueblo de Israel". Todas las cualidades que realzan aquel libro—exacto conocimiento del ambiente, del clima, del país y la raza, del folklore, lenguaje, usos y costumbres semíticos, reconstrucción viviente de la escena con sobriedad y magia de colorido—resplandecen en esta obra, con la ventaja grande de que aquí se ahonda mucho más en los misterios de la vida interior, llegando a ser esta historia una sublime elevación contemplativa, sin perder nada de su carácter crítico, objetivo, casi cruelmente realista. Ciertas almas ñoñamente pías podrán tal vez escandalizarse de algunas afirmaciones del Dr. William, reñidas aparentemente con ciertas consideraciones devotas pero infundadas, a que nos tienen habituados no pocos libros que se dicen piadosos, tan carentes de sentido histórico, como de solidez teológica. No es que aprobemos en bloque todas las opiniones del autor, pero sí creemos que su lectura ayudará a comprender la vida de la Santísima Virgen y a abismarse en sus hondos misterios.

R. A.

J. ITURRIOZ, S. J.—*El hombre y su metafísica*.—Madrid, 1943.

Este ensayo escolástico de Antropología metafísica no solamente está lleno de contenido fecundísimo, sino en su forma moderna tiene el valor incomparable de presentar a los filósofos actuales, ajenos a la escolástica, el problema gravísimo del hombre que ellos se proponen, para darles la solución de los grandes maestros de la filosofía cristiana, que ellos ignoran y no son capaces de dar. En un concepto básico, el de *Contingente*, ha sabido el autor ver el punto de convergencia en que se juntan las experiencias internas de los modernos con la experiencia integral y razonada de los maestros perennes.

Con mucho acierto escogidos los existencialistas Kierkegaard, Unamuno, Heidegger con citas de Ortega Gasset, magistralmente descritas sus angustias en su punto de partida y en su término diferencial, no menos atinado ha estado al fijarse en San Agustín y en Santo Tomás para orientarse en el laberinto oscuro de las tinieblas desesperantes de los primeros, y con la doctrina admirablemente enlazada de los grandes maestros ha dado luz a las tinieblas y ha se-

ñalado los dos términos: el de partida y el de llegada. «De Dios a Dios, ése es el camino del espíritu contingente. Ni es Dios, pero viene de Dios. Ni será Dios, pero va a Dios» (p. 293).

Es muy consolador cómo ante el inmenso material que ofrecen en sus volúmenes S. Agustín y S. Tomás ha sabido escoger y hacer un viaje con velocidad de avión por el dilatado firmamento, señalando los polos y eje de la doctrina referente al gravísimo problema del hombre. Con S. Agustín vibra el alma joven del autor, en sus bellísimas páginas se recrea, con eruditísima síntesis aduce listas trinitarias recogidas en distintos tratados, y con desarrollo de cinta cinematográfica nos hace ver en pocas páginas el drama interno de Agustín hasta su perfectísimo desenlace, en que canta las bellezas y paz de la celestial ciudad de Dios.

En Santo Tomás, presentado en su ambiente histórico, sabe sintetizar en fórmulas lapidarias la distinción jerárquica de los seres Creador y creados, Necesario y contingentes, Único y muchos, Simplicísimo y diversos, para concluir que no sólo la existencia, sino aun la posibilidad del sér contingente dimana toda del Ser Infinito.

En cada capítulo estudia un problema y lo desarrolla con rigurosa lógica y lo expone con tanto interés que empezado a leerse hay que continuar la lectura hasta terminarlo de una vez. La serie de capítulos forma un conjunto armónico y completísimo y de profundidad hondamente metafísica.

Párrafos de riqueza de ideas, frases bellísimas y altamente significativas, abundan. Aplicaciones atinadas a la pedagogía, a la existencia de la ley física y a la dignidad del trabajo, espontáneamente se deducen. «El trabajo es el complemento de la acción creadora de Dios. Esa es su mayor dignidad» (pág. 296).

La lectura atenta de esta tesis de la Facultad de Teología y de Filosofía del Colegio máximo de Oña sirve de orientación segura a cuantos conocen las obras de Bergson y de Heidegger. Ni se regatean los méritos, principalmente de Bergson, pero sin dejarse arrastrar por la afición y admiración a sus cualidades de escritor y psicólogo, aun después del cambio más o menos fundamental de la obra última, que puso cima a la labor incansable del octogenario profesor de la Sorbona.

Una afirmación y una impropiedad de palabra he hallado menos felices en todo el escrito. La afirmación demasiado categórica de que San Agustín concedía cuerpo a los Angeles (pág. 160), y la palabra LIBERTAD concedida a la Contingencia (pág. 165). En cuanto a la cuestión del cuerpo de los ángeles escribe San Agustín (*De civitate Dei*, PL 41, 724-5). Hablando de cómo puede el fuego infernal atormentar a los demonios: «Nisi quia sunt quaedam sua etiam daemonebus corpora, sicut doctis hominibus visum est, ex isto aere crasso atque humido cuius impulsu vento flante sentitur... Si autem quisquam nulla habere corpora daemones asseverat, non est de hac re aut laborandum operosa inquisitione aut contentiosa disputatione certandum. Cur enim non dicamus quamvis miris, tamen veris modis etiam spiritus incorporeos posse poena corporalis ignis affligi... adhaerebunt ergo, si eis nulla sunt corpora spiritus daemonum, imo spiritus daemones, licet incorporei corporeis ignibus cruciandi...» Ni se compagina en San Agustín conceder cuerpo a los ángeles, cuando refiriéndose a Tertuliano (PL 34, 428), quien no concebía sustancia creada no corporal y se veía forzado a admitir en el alma humana aumentos y disminuciones, exclama: «Sed tremenda ista sunt, non

videnda", porque la concepción tertuliana lleva lógicamente a negar la inmortalidad natural del alma espiritual humana.

En cuanto a la palabra Libertad atribuída a la Contingencia, debería sustituirse por Indeterminación. Porque la libertad dice indiferencia activa y con dominio, la contingencia dice indiferencia pasiva y sin dominio.

Donosamente lo había dicho Duns Scot (t. 4, pág. 421): "Forma autem super formam mixti, est forma vegetativorum, quae tantum appropinquat ad actum, et elevatur supra materiam, ut (si liceat dicere) jam quod quemdam gradum incipiat habere quasi libertatis interminatae et dominativae, suam materiam dilatando, augendo, nutriendo. Videsne in hoc gradu entium jam quasi libertatis surgentis exordium?"

J. M. IBERO, S. J.

IGNACIO CASANOVAS, S. I.—*Estéticas*.—Introducción biográfica y traducción del P. Miguel Batllori. Editorial Balmes, Barcelona, 1943. (*Obras del P. Casanovas*, vol. I. Prólogo general del R. P. Fernando M. Palmés, S. I.)

Una personalidad tan relevante como la del P. Ignacio Casanovas era punto menos que desconocida fuera de Cataluña, por haber escrito casi todas sus obras en catalán. Su "Vida de San Ignacio" y más recientemente su "Vida de Jaime Balmes" corrían ya vertidas al español, despertando el interés de un público numeroso por conocer al autor de tan bellos y magistrales libros. Hoy, para satisfacer esos legítimos anhelos, se inaugura la publicación en serie de las principales obras, traducidas por la pluma juvenil y docta del padre Batllori. Este mismo Padre, discípulo y heredero espiritual, si así puede decirse, del P. Casanovas, ha escrito un ensayo biográfico de su venerado maestro, que ocupa más de 200 páginas de este primer volumen, y que ofrece un retrato hábilmente abocetado, con los rasgos más característicos y la expresión honda y amable de aquella grande alma. A continuación viene la "Bibliografía del P. Ignacio Casanovas", que ocupa once páginas, y en fin, las *Obras estéticas*, iniciadas por una traducción de la Poética de Aristóteles. La huella aristotélica se nota en toda la producción estética de Casanovas, particularmente en los primeros años; después se va libertando y ensanchando, quizás por su amistad con poetas y artistas, como Maragall, Gaudí, Ruyra, Costa y Llovera... Ha sido un acierto el empezar la colección de las Obras por las "Estéticas", pues es indudable que nos descubren uno de los aspectos más profundos y totalitarios de la personalidad de Casanovas, aquel que más contribuyó, junto con su santidad amable y humana, a la poderosa atracción planetaria que ejerció en el mundo barcelonés desde 1905 hasta el ocaso sangriento de su martirio (septiembre de 1936). Ni en Estética, ni en Literatura asceticomística, ni en el género biográfico, ni en ningún otro de los ramos que cultivó con éxito, debemos esperar de Casanovas esa originalidad de los temperamentos geniales. Lo que agigantó su figura entre sus contemporáneos fué su hondo sentido humanístico, su vibración vital, su íntima y sincera espiritualidad, su comprensión de los problemas culturales de su época. Por ello fué cordialmente amado y admirado. A su buen sentido *balmesiano*, a su

privilegiado talento y a su típica—casi diría prototípica—formación ignaciana debemos el fruto maduro y dorado de unas obras que ahora empezamos a saborear en castellano.

G. V. A.

MARÍA STICCO.—*El Ideal vale más que la vida.*—Perfil biográfico de Delia Agostini. Trad. del italiano por J. Púgés. 2.^a edic. Luis Gili, editor. Barcelona, 1943.

Que nuestras juventudes, máxime las de Acción Católica, lean esta preciosa biografía, si quieren sentir el deslumbramiento de lo puro, de lo blanco, de lo sublime. Delia Agostini, un gran carácter, alma de fuego y de poesía, lee a los diez años la novela «Fabiola» y siente los primeros resplandores de este ideal: *Virginidad y Martirio*. Brota igualmente en su espíritu al leer las grandezas de Roma la llama del patriotismo hacia la gran Italia que renace a los acordes de «Giovinezza, giovinezza». Ambiente de guerra, 1914-18, envuelve su adolescencia femenina, que adquiere temple de héroe. Corazón apasionado, pero serio y hasta huraño; sensibilidad vibrante de poetisa, que tiene el don de la palabra lírica y seductora, Delia se consagra a Dios en el apostolado. Es la primera aspirante de la Juventud Femenina Católica italiana. A los diecinueve años la llama el amor humano con su flauta mágica. Delia responde: «Amor sí, pero un amor que se llama virginidad y martirio». Estudia, lucha, trabaja, ora y canta. Vida interior en llamas, con vida de apostolado febril. Se ofrece como víctima por la Iglesia y por Italia, y a los veinte años he aquí la tuberculosis, que no tardará en señalarle la venida del Esposo, la hora nupcial de Delia. Copio unas líneas de su Diario: «¡Gracias, Dios mío, por haberme dado por patria a Italia!... Milán, la patriótica, tiene fe en su nombre. Y es un delirio de almas cuando la música, alineada sobre las gradas de la gran basílica, entona la Marcha Real. Pero el entusiasmo llega al paroxismo cuando, precedidas por los graves tañidos de la campana, caen en medio de un repentino silencio las primeras notas de la Canción del «Piave». «Daría con gusto la vida por esta Universidad del Sagrado Corazón. ¡Cómo comprendo y vivo yo la juventud femenina, tal cual se ve desde el Consejo Superior, con todas sus cruces, sus amarguras, sus molestias, sus sacrificios y sus heroicidades, llevadas a cabo con tanta sencillez. ¡Con qué gusto me iría yo por Italia llamando a Concilio de amor, y regresaría luego, contenta, a aquel palacio del estudio, para estudiar también a mi modo, y luego enseñar mejor a las almas! En ningún otro lugar rezo, amo y aprendo yo tanto como en la pequeña capilla de la Universidad Católica.» «Vida de absoluta pureza, vida de absoluto abandono, vida de alegre inmolación, vida de apasionado amor.» Eso fué Delia Agostini. La pluma de María Sticco ha escrito un idilio trágico y místico de aleteante belleza.

V. A.

MONS. DR. LUIS VIGNA.—*Breviario de la doctrina católica.*—Traducción del Dr. D. Anton'o Sancho, Cánónigo Magistral de Mallorca. Luis Gili, editor. Barcelona, 1943.

Un subtítulo indica claramente el contenido y carácter de la obra: «Repaso de los puntos fundamentales para los hombres de Ac-

ción Católica». En cada capítulo se expone sumariamente la *Doctrina*; sigue una *Exposición de vocablos*; luego, una *Breve explicación*, que ilustra y declara la doctrina expuesta, y por fin, unas *Aplicaciones prácticas* con el *Cuestionario*. Una brevísima suma teológica con apariencias de Catecismo escolar.

FRANCISCO TONOLO.—*Manual de la catequista*.—Traducción del italiano y adaptación para la catequista española por Félix Merino Revuelta, Pbro. Luis Gili, editor. Barcelona, 1943.

A las mujeres, y en especial a las jóvenes de Acción Católica, va dirigido este Manual, que consta de cinco partes: 1. El Apostolado catequístico. (Se hace la historia del Catecismo.)—2. La catequista. (Su misión, sus dotes.)—3. Pedagogía catequística y psicología del catequizando, según la edad.—4. La Escuela de Catecismo. (Métodos.)—5. Organización catequística. (En la Diócesis, en la parroquia, etc.) En fin, un Apéndice: Ejemplos didácticos. Del traductor son algunas adiciones acerca de la enseñanza de la religión en España. Libro muy recomendable, que prestará útiles servicios a toda clase de catequistas y a todos los educadores de niños.

CÉSAR GALLINA, M. S. C.—*La Biblia para los niños*.—Antiguo Testamento. Trad. del italiano por C. Montserrat, Pbro. 2.ª edición. Luis Gili, editor. Barcelona, 1942.

A fin de que las sublimes bellezas de la Biblia, sus históricos relatos y divinas enseñanzas estén al alcance de las inteligencias infantiles, el autor ha realizado una laudable labor de adaptación en este libro, notable por su claridad y método, al que prestan particular atractivo los clásicos dibujos del afamado pintor J. Schnorr de Carolsfeld.

GUSTAVO DEL BARCO.—*En pos de las santas huellas*.—Escelicer. Cádiz, 1942.

Con los cinco sentidos abiertos a todas las impresiones del paisaje—colores, murmullos, aromas, dulzuras, suavidades o asperezas—, con el Evangelio en la mano y el alma en adoración, Gustavo del Barco ha peregrinado en pos de las santas huellas de nuestro Divino Salvador. Le ha seguido desde Belén hasta el Monte de los Olivos, meditando y leyendo. Pero su peregrinación ha sido más por los libros que por la Tierra Santa de Palestina. De ahí el carácter de su libro, excesivamente literario y de escaso realismo topográfico. Su estilo nos recuerda las "Figuras de la Pasión", de G. Miró, aunque de ritmo menos lento, de no tan morosa delectación estética y de más auténtico y sincero cristianismo.

V. A.

RAMÓN SARABIA, Redentorista.—*Sacerdotes, niños y catequistas. Los Mandamientos de la Ley de Dios.*—Tomo I. Editorial «El Perpetuo Socorro». Madrid, 1942.

Con la palabra encendida que caracteriza a este incansable misionero de los pueblos de España, con elocuencia vibrante, dicción pintoresca, agilidad y claridad de estilo, que triunfa en los ejemplos, en las anécdotas, en las parábolas, va el P. Ramón Sarabia explicando y exhortando a cumplir los Mandamientos de la ley de Dios, en estas páginas, útiles e instructivas para sacerdotes, niños y catequistas.

A. O.

SABINO M. LOZANO, O. P.—*Vida Santa y Ciencia Sagrada. Estudio teológico místico.*—2.^a edición, notablemente aumentada, Salamanca, Editorial Fides, 1942, 223 páginas.

La obra que nos ofrece el benemérito director de «La Vida Sobrenatural» consta de dos partes. La primera estudia en diez capítulos la unidad de la vida espiritual, ni ascética ni mística, sino vida cristiana o vida santa. Fué publicada primero como una serie de artículos en «La Vida Sobrenatural» y el año 1932 en forma de libro. La segunda parte recoge en cinco capítulos los artículos que aparecieron en «Ciencia Tomista» acerca de la unidad de la ciencia teológica. Completan la obra dos breves apéndices: sobre Santo Tomás de Aquino y la Suma Teológica, como medios de formación espiritual de seminaristas, y sobre la vía de piedad en el conocimiento y desarrollo del Dogma, según el P. Marín-Sola, O. P.

Lo nuevo de esta segunda edición es la segunda parte, y a ella me limitaré. El R. P. Lozano, a fuer de experimentado profesor de Teología, relaciona con gran dominio las diversas verdades teológicas y define con toda precisión su pensamiento. Según él, para Santo Tomás y en la realidad la sagrada Teología no es sólo ciencia especulativa, sino también ciencia formal y esencialmente práctica. El objeto de la Teología debe ser término de la especulación y de la acción, en cuanto que el espíritu no solamente puede contemplar ese objeto, sino que debe convertirlo en venero de vida; el fin de esta ciencia no es únicamente el saber, sino juntamente el ordenar la vida, y esto no sólo por lo que la Teología tiene de moral, sino aun por lo que tiene de dogmática; el modo de estudiar el objeto de la Teología no es exclusivamente la especulación, también corresponde su parte en la penetración del dogma a la experiencia de los santos.

El teólogo que relee estas páginas, a veces algo difíciles, siente vibrar su alma con la del autor al ver aparecer a la Teología en su verdadera luz de ciencia sagrada. Las ideas expuestas en esta obra responden a una corriente cada vez más poderosa de buscar la realidad y la unidad en todo: la división es ley de nuestra limitación, pero profundamente se agradece el esfuerzo de mentes superiores por fundir elementos que mientras estén dispersos no lograrán hacernos penetrar plenamente lo más íntimo de la realidad divina que estudia la Teología. Especialmente digna de aprobación me parece la idea de que la verdadera mística reclama un puesto en la penetración teológica de las verdades reveladas. ¿Por qué se ha de privar al teólogo de las ense-

fianzas de quien, como San Juan de la Cruz, ha sido declarado Doctor de la Iglesia?

Que halle muchos lectores el R. P. Lozano, sobre todo entre los que dirigen el movimiento teológico en nuestra Patria, que lo ha sido de tan grandes santos y de tan grandes teólogos.

J. SOLANO, S. J.

CARLOS SAUVÉ, S. S.—*El Sacerdote Intimo (El Amigo Divino). Elevaciones Dogmáticas.*—Traducción del francés, 2.^a edición. Editorial Librería Religiosa, Aviñón, 20, Barcelona; 351 págs., 18 × 11, 1943.

La presente traducción ofrece al lector uno de los libros que forman parte de la magnífica colección de «Elevaciones Dogmáticas» de Sauvé. El «Sacerdote Intimo» es una obra con todas las características de que hace gala su autor: conocimiento profundo del dogma católico, concepciones grandiosas y amplio y jugoso desarrollo de las mismas.

Precedida la obra de dos elevaciones consagradas al estudio de la amistad de Jesús en general y de las comunicaciones generales que de esa amistad brotan en favor del sacerdote, sigue una primera parte, en la que se pasa revista a las comunicaciones particulares de Jesús a sus sacerdotes, cuales son: su sacerdocio, su sacrificio, sus sacramentos, su doctrina dogmática y moral, su verdad ascética y mística, su oración, sus misterios, su vida, su alegría, su dolor y su Corazón. Y, naturalmente, como la amistad exige comunicación por ambas partes, con toda razón dedica S. toda la segunda parte a la descripción de las comunicaciones del sacerdote para con su amigo Jesús, que consisten en último término en amar con El lo que El amó. Así, con Jesús ama al Padre y al Espíritu Santo, a María y José, al Sumo Pontífice y a los Obispos, a la Iglesia y a las almas, máxime a las de los más necesitados, como son los niños, vírgenes, pobres y enfermos; con Jesús ama la verdad y detesta el error, ama el bien y aborrece el pecado.

No puede negarse que S. ha sabido, haciendo pie en un punto particular de la doctrina del cristianismo, como es el de la amistad divina, presentar con gran maestría las cuestiones sacerdotales más vitales dentro del orden ideológico y del orden práctico. El autor, sin embargo, no descende a pormenores de casuística y se mantiene en el terreno de los principios, que son por él explanados hasta llegar a cierto número de conclusiones muy eficaces para mover al recto ejercicio del ministerio sacerdotal.

Mucho fruto podrán sacar los sacerdotes de esta obra de S., así como de todas las suyas, porque todos estos libros descansan sólidamente en lo más firme del dogma y con justicia merecen el honroso calificativo de «teología vivida».

No nos atrevemos a asegurar que los planes tantos años acariciados por S., de hacer pasar las tesis dogmáticas del recinto de las clases al retiro del reclinatorio, a la mesa de trabajo del apóstol vulgarizador y a la cátedra sagrada, hayan tenido plena realización en sus obras. Podría, en efecto, darse todavía más atractivo en el estilo y menos ampulosidad en el desarrollo de la materia. Pero ciertamente, S. es uno de los grandes iniciadores del noble movimiento de «hacer vivir el dogma» en la vida de los fieles y, sobre todo, en la del elemento clerical, y el impulso dado por él en este sentido fué considerable, como

lo demuestra la adhesión del episcopado francés a su método expositivo, manifestada en multitud de aprobaciones estampadas en los diversos volúmenes de sus «Elevaciones Dogmáticas».

JESÚS OLAZARÁN, S. I.

JULIO CASARES.—*Diccionario ideológico de la Lengua española*.—Barcelona, Editorial Gustavo Gili, S. A.; LXXII + 598 + 1.124 páginas, 1942.

Desde la idea a la palabra; desde la palabra a la idea: este subtítulo o lema del diccionario de Casares indica a la vez su estructura y su finalidad. Los diccionarios ordinarios—acopio alfabético de palabras—nos conducen sólo de la palabra a la idea; pero cuántas veces hemos dado vueltas y más vueltas a las páginas de un diccionario buscando la palabra propia de una idea o un objeto que tenemos claramente concebidos en nuestro espíritu, pero cuya expresión precisa o desconocemos o no conseguimos evocar. Cualquier escritor medianamente exigente consigo mismo en el aspecto lógico y artístico del lenguaje, habrá echado de menos un diccionario castellano al estilo de los ya existentes en otras lenguas, en el que mediante palabras o ideas afines se pudiese llegar a la palabra que se presiente y se siente, pero no se posee.

Tal es el fin de la primera y segunda parte del diccionario, el que le da un sello de personalidad que le distingue de todos los demás. La primera, llamada «sinóptica», viene a ser como un índice sumario de la segunda; en aquélla se agrupan en 38 cuadros las principales palabras referentes a otros tantos conceptos generales, más a fondo estudiados en la segunda parte, apellidada «analógica» porque a cada palabra le siguen todas aquellas que tienen análoga significación.

En esta segunda parte—la principal del volumen, sin duda—se sigue el orden alfabético de las palabras principales, que son como raíces ideológicas de extensos árboles lexicales; de ellas unas son abstractas y científicas, otras concretas y populares; aquéllas convierten el presente diccionario en una grande ayuda del hombre de ciencia—cualquiera que ésta sea—amante de la precisión y la exactitud; éstas le hacen casi imprescindible al literato, que también ha de buscar su precisión y su exactitud. Ciertamente unos y otros, y más aún los que, dedicados a las ciencias del espíritu, se ven precisados a hermanar en el suyo las cualidades, aparentemente contradictorias, del científico y del literato, difícilmente podrán prescindir de esta obra monumental.

La tercera parte, por fin, la más extensa, es un diccionario alfabético vivo, es decir no un inventario o tesoro de la lengua dialectal y varia, sino un tesoro depurado por un lexicógrafo atento y seguro. Si no fuese por el peligro de abultar todavía más la obra, uno diría que no estaría de más una sumaria indicación de las conjugaciones irregulares, y aun tal vez una rápida alusión a la etimología de las palabras. Pero se comprende también el deseo del autor de no alargar las 1.800 páginas de este tomazo imponente.

No ha mucho ha narrado Julio Casares, Secretario de la Real Academia Española, los azares que ha sufrido este libro y su original desde antes de la guerra, en que comenzó su impresión, hasta el año pasado, en que se concluyó felizmente. Todos hemos de darnos la enhorabuena de que no haya desaparecido en el turbión marxista este valiosísimo instrumento de trabajo.

M. BATLLORI.

- R. P. JOSÉ SCHRIJVERS, Redentorista: *Mensaje de Jesús al sacerdote*. Traducción del francés por el P. Andrés Goy, C. SS. R.—Edit., El Perpetuo Socorro. Madrid, 1942; 16º, 164 págs., 5 ptas. rústica, 7 ptas. tela.

Preciosos pensamientos sobre la vida interior del sacerdote, puestos en boca de Jesucristo, que habla con su ministro. Van expuestos con gran unción, ya conocida en su ilustre autor, y revelan notable experiencia y conocimiento de la vida sacerdotal, junto con un celo muy sincero por el bien de los ungidos del Señor. Son a propósito para días de retiro.

M. N.

- R. P. JOSÉ SCHRIJVERS, Redentorista: *Los que confían*.—Versión del Padre Alfredo Sánchez, C. SS. R. Segunda edic.—Edit. El Perpetuo Socorro. Madrid, 1942; 16º, 316 págs., 7 pesetas.

Sobre el fundamento de la sólida virtud de la *confianza* y de la *oración*, y llevando al alma por los senderos seguros de la *humildad* y *abnegación*, el celoso autor de este libro la quiere conducir al *conocimiento*, *amor* e *imitación de Jesucristo*, todo lo cual se trata en siete nutridos capítulos. Al final se agregan tres sobre el *ejercicio de los dones del Espíritu Santo*, los que se refieren a la oración y los que ayudan a obrar, para terminar con bellas consideraciones sobre los sabrosos *frutos del Espíritu Santo*. Como se vé, es un plan lógico y bien ordenado, que el autor desarrolla con las dotes de unción y maestría de espíritu que ya son bien conocidas.

M. NICOLAU, S. J.

- IGNACIO DE L. GORDON, S. I.—*Maestros de oradores*.—Tomo I. Textos. Escelicer, S. L.—399 págs. Cádiz, 1943.

Empezamos por excusarnos: un juicio completo no podemos dar de la obra hasta que no poseamos el otro tomo. La selección de los oradores es acertadísima una vez establecido el criterio de elegir a los que sean maestros en alguno de los elementos de persuasión. Sentimos que por seguir el criterio de la serenidad, que en principio alabamos, haya excluido a los oradores contemporáneos; sería muy útil ver cómo nuestros oradores se acomodan a nuestro auditorio. Maura, precisamente en el discurso que el autor elige, hace consistir la elocuencia en esa acomodación.

J. L. B.

- ALFONSO TORRES, S. I.—*Lecciones sacras sobre los santos Evangelios*. Vol. I. «La infancia del Señor».—Escelicer. Cádiz, 1943.

Con profundo conocimiento de la esencia de las lecciones sacras, están orientadas las del P. Torres a la explicación literal del texto evangélico. Nos presenta lo que el incendio del 11 de mayo del 31. no pudo alcanzar: reseñas breves; a pesar de todo, se encuentran

entre estos semiesquemas desarrollos y análisis magistrales, y alguna que otra llamarada oratoria acá y allá, y un estilo siempre empapado de sencilla unción, que nos hace adivinar lo que serían aquellas lecciones completas y vivas que salvaron tantas almas.

J. L. B.

JOSÉ HOLZNER.—*San Pablo, heraldo de Cristo*.—Una vida de héroe al servicio del Evangelio, traducida del alemán por el P. José Monserrat.—Herder, XI-452 págs. Barcelona, 1942.

Esta moderna biografía de San Pablo, debida a la pluma del docto sacerdote y profesor de Religión en Munich, José Holzner, viene recorriendo con general aplauso el mundo desde su primera aparición en 1937, a través de sus repetidas ediciones alemanas y sus no escasas traducciones a las principales lenguas europeas.

El éxito editorial alcanzado se explica por las relevantes cualidades de la obra. En ella se han dado la mano las más variadas disciplinas, como la exégesis y la teología del Nuevo Testamento, la historia del Helenismo y la del Judaísmo, la historia de las religiones y la de la cultura filosófica de su tiempo, la geografía, la topografía y la arqueología de los países recorridos por San Pablo, para levantar un monumento digno a la figura gigantesca del Apóstol.

Y todos estos elementos vienen encuadrados y fundidos dentro del marco evocador de la era apostólica por una pluma maravillosamente dotada para el gran público de nuestros días. Holzner se acerca a su héroe con un alto sentido biográfico moderno, con un estilo vivo, rico en sugerencias, con un poder de observación fino y penetrante de las personas y de las cosas, y hasta con facultades de novelista de alta estirpe.

La vida de San Pablo corre así, a través de su pluma, como una novela histórica o como un drama. Escenificaciones tan sugerentes y plásticas como la de la disputa entre Esteban y Saulo en la sinagoga de los Cilicios de Jerusalén, o la de la aparición de Cristo, a quien él persigue, cerca del muro meridional de Damasco, o la de su redacción en común con Silas y Timoteo de la primera Carta a los Tesalonicenses; descripciones tan coloristas, precisas y vivas como la de Atenas, sembrada de monumentos de la antigüedad pagana; o la de la fiesta de Pentecostés en el Templo al fin del tercer viaje apostólico, o la del palacio de Herodes en Cesarea del Mar, o la de la vida familiar romana, o la del esclavo fugitivo Onésimo, harán siempre el deleite de los lectores de todos los tiempos. Toda la poesía incomparable del libro de los Hechos ha pasado aquí con caracteres de drama o de novela.

Aquí está el mérito de la presente biografía. No pretende su autor darnos una obra de avance en la solución de los problemas dentro de la literatura de San Pablo, sino captar más bien en toda su complejidad el genio religioso que fué el grande Apóstol, para darlo al público en un relato vivo y animado.

Los psicólogos y literatos podrán gloriarse de una de sus mejores realizaciones en la historia. Los exégetas e historiadores desearían un estudio más reposado, más personal y preciso del libro de los Hechos y de la literatura de San Pablo. En su deseo de penetrar el alma del Apóstol ha insistido tal vez demasiado en la preparación psicológica del hecho sobrenatural de su conversión. Está muy lejos de ser cierta la predicación de Apolonio de Tyana en Éfeso antes de

la venida de San Pablo. Nada sabemos de que San Ignacio de Antioquía fuera oyente personal del Apóstol.

Supone Holzner que, como consecuencia de la persecución de Herodes Agripa I y de la salida de Simón Pedro de Jerusalén, «bajó a ser ésta una simple ciudad episcopa!» (pág. 77). De ser así, no tendría explicación el capítulo XV del libro de los Hechos con su primer Concilio en Jerusalén. El autor, que sigue a sir William Ramsay en su descripción de Pisidia y de Licaonia, toma igualmente de él su teoría de la Galacia Meridional. No creemos que esté hoy justificada esta opinión, como tampoco la hipótesis, recogida con alguna vacilación por Holzner, del origen efesino del capítulo XVI de la Carta a los Romanos.

También se puede preguntar en muchas de las páginas de este libro si su autor ha sabido evitar siempre los escollos del género literario conocido con el nombre de novela histórica. Aludimos a los muchos detalles de fantasía y a las no escasas interpretaciones subjetivas del autor. Así, en la disputa de Saulo y Esteban nos presenta a «San Pedro y San Juan observando la escena detrás de una columna» dentro de la sinagoga (pág. 18). En su entrada al Asia Menor por el puerto de Atalía y el desfiladero del Taurus, crees poder adivinar Marcos: «Un hombre que recomendaba a sus fieles que procurasen que no faltase la sal en la conversación, cuidó sin duda él mismo de haber dispuesto de ella abundantemente. Mira, Marcos, exclamaría..., allí está la llanura de Panfilia. Allí hay insalubridad, allí mueren las gentes como moscas. Dicen que un ángel de Satanás consume sus miembros y hace que parezcan verdes y amarillas. Y así lo creo. También entre nosotros en Cilicia está en su casa este ángel de Satanás. De los pantanos sube al anochecer con vestidos ondulantes de vapor nebuloso. Cuando yo era muchacho me tocó una vez con la mano. Tiene manos como de fuego, de modo que a uno le hierve la sangre y los ojos se encienden. Atravesaremos a toda prisa este país. El Señor nos defenderá de este ángel exterminador y del demonio del mediodía» (págs. 87-88). Todo esto no pasa de pura fantasía, aunque se da como causa del desaliento y de la deserción consiguiente de Marcos, a la vez que prepara el camino a la interpretación de «la espina clavada en la carne de Pablo, el ángel de Satanás que le abofetea», según expresión misteriosa del Apóstol, *II Cor.* 12, 7. Para Holzner es claro que se trata «de la fiebre malaria, cogida a su paso por Panfilia» (pág. 102).

Y pudieran multiplicarse otros reparos de orden histórico. Algo más grave se nos hace la tendencia minimizadora del elemento sobrenatural y milagroso en algunos de los pasajes de la obra. Así, el gran terremoto ocurrido a media noche en Filippos y que puso en conmoción los cimientos de la cárcel, en que oraban y alababan al Señor Pablo y Silas, sería uno de tantos terremotos «no raros en el territorio del Mar Mediterráneo, en las Islas Egeas y en Macedonia» (pág. 166): lo único providencial en el caso sería su coincidencia con la oración de los apóstoles. «El milagro existe sólo en la imaginación de los críticos», al atacarlo, según Holzner (pág. 166).

Igualmente el cojo de Listra debería su curación a aquella «concentración de la mirada y de toda la fuerza psíquica de Pablo, diciéndole en alta voz con gesto imperioso: «¡Ponte sobre tus pies!» (página 111). El mismo milagro obrado por el Apóstol al cegar al judío Elimas en Nueva Pafos ante el Procónsul de la Isla de Chipre, Sergio Pablo, pasa tan inadvertido, que un lector menos fami-

liarizado con el libro de los Hechos ni se da cuenta de la ceguera sobrevinida al mago, y menos por vía de milagro (pág. 85).

En cambio, se acusan injustamente las etapas de la supuesta evolución del pensamiento del Apóstol respecto a la Parusía entre la primera y segunda Carta a los Tesalonicenses: «También San Pablo se inclinaba en un principio todavía a la opinión de que la próxima Parusía sería también al mismo tiempo la definitiva, y que la mayor parte de los fieles, como él mismo, estarían aún en vida al sobrevenir esta Parusía. Sólo más tarde contó con un largo intervalo y su martirio» (pág. 225).

También se concede demasiado campo al nacionalismo judío dentro de la Iglesia oficial cristiana. Desde luego, para Holzner, «la muerte de San Esteban fué el precio que debía pagar la primitiva Iglesia para rasgar su envoltura nacional judía, y poner en camino su vocación de hacerse Iglesia universal, y ganar a su mayor apóstol, que debía ejecutar esta separación histórica» (pág. 313).

Más tarde, en el término ya de su tercer viaje apostólico, cuando San Pablo sube, rodeado de los ocho comisionados de las iglesias de la gentilidad, para presentar su ofrenda de caridad a los santos de la iglesia madre de Jerusalén, vuelven a acentuarse las líneas de separación con efectos de novela o de drama: «En la silla presidencial estaba sentada la figura, vestida de blanco, ascética, de Santiago, y a su alrededor se hallaba el grupo de sus presbíteros... Cada uno de los comisionados de las iglesias de los gentiles presentó las ofrendas que su iglesia había dado para los santos de Jerusalén... San Pablo y Santiago se dieron solemnemente el beso mutuo de paz. Lo mismo hicieron los presbíteros. Los compañeros de San Pablo estaban esperando. Luego sus semblantes se abatieron. No se les dió a ellos la señal de hermandad. En silencio, con cierto ademán señorial, recibióse su ofrenda como una cosa natural, más aún, como un tributo debido» (págs. 334-335).

Siente Holzner que se mueve sobre un terreno inseguro, y trata de apoyar sus toques de fantasía con esta reflexión: «San Lucas nada dice sobre esto; pero de su silencio podemos entresacar cierto desengaño». Y sigue con efectos de novela su relato: «Todo fué formal y nimiamente mesurado. El ambiente no se cambió sino cuando San Pablo hizo una amplia relación sobre todo lo grande y maravilloso que Dios había hecho por su ministerio en el mundo pagano... El triunfo era tan grande, que no se podía dejar de dar la honra a Dios. Sólo se pudo haber deseado que también a San Pablo y a sus colaboradores hubieran ded'cado una palabra de reconocimiento. San Lucas deja entrever su desengaño sobre lo que ahora vino. En su diario se halla en este pasaje el *pero después...* Sí, pero después vino un chorro de agua fría. «Querido hermano, dijeron, has de mirar que hay también miles de judíocristianos. Nuestra gente de aquí —¡hablan prudentemente en tercera persona!— está muy recelosa a causa de tu doctrina. Dice que suprimes la diferencia entre judíos y gentiles, y que vas todavía más allá, que destruyes a Moisés y la Ley» (pág. 335).

Toda esta escena está desenfocada y caricaturizada, no sin dramatismo, para el efecto que se busca. El autor del libro de los Hechos, testigo presencial de ella, la describe con mayor verdad en estas líneas: «Y cuando llegamos a Jerusalén nos recibieron con gozo los hermanos. Y al día siguiente se presentaba Pablo con nosotros a Santiago, y se hallaron presentes todos los presbíteros. Relataba una por una las cosas que había Dios obrado entre las gentes por su ministerio. Ellos, habiéndole oído, glorificaban a Dios, y le dijeron:

«Tú ves, hermano, cuántas son entre los judíos las decenas de millares de los que han creído, y todos son celadores de la Ley. Pues bien, han llegado a ellos voces acerca de ti, de que enseñas a los judíos esparcidos por las naciones a apartarse de Moisés, diciendo que no circunciden a los hijos ni caminen según sus costumbres». Act., 21, 17-22. Todo esto está muy lejos del saludo denegado a los compañeros de Pablo y sus semblantes abatidos por el desengaño ante la fría acogida de sus hermanos de Jerusalén. El mismo *damm aber*, explotado para sus efectos de contraste por el autor, es en el texto Lucano no «un chorro de agua fría», como se expresa Holzner, sino un sentimiento de acción de gracias y de glorificación divina de parte de todos los circunstantes: «Y los que le oyeron glorificaban a Dios». Y la insinuación hecha a continuación al Apóstol: «Y le dijeron», es para ponerle en el ambiente de los falsos rumores llegados a Jerusalén, dándole así ocasión de deshacerlos fácilmente delante de la comunidad mediante la práctica de su lema de hacerse todo a todos, para ganarlos a todos.

Y todavía, a la hora del martirio de los Príncipes de los Apóstoles, el año 67, escribirá, bajo la preocupación obsesionante del doble partido dentro de la Iglesia: «El que una antigua leyenda señale el lugar donde los dos Príncipes de los Apóstoles se despidieron mutuamente en el camino para el lugar del suplicio es una expresión simbólica del hecho de que su común martirio curó la escisión entre judío-cristianos y paganocristianos y juntó la Iglesia en una unidad inquebrantable, bajo el pontificado de San Lino» (pág. 440).

No son tan raras en este libro éstas y otras apreciaciones parecidas, a las que nos tiene demasiado acostumbrados la crítica alemana en su estudio naturalista y unilateral de los documentos del Nuevo Testamento. Una obra como la de Holzner debió haber salido immune de estos resabios heterodoxos. Pero no hay para qué insistir más en estos reparos. A los ojos del gran público pasarán inadvertidos, y la mayor parte de los lectores gustará de conocer esta nueva figura más humana del santo apóstol, aunque el autor nos le haya bajado a veces del altar, a fuerza de acercarle a nosotros.

VICTORIANO LARRAÑAGA, S. I.

LUIS CLAUDIO FILIÓN.—*Vida de Nuestro Señor Jesucristo*.—Exposición histórica, crítica y apologética, traducida de la novena edición francesa por el P. Victoriano M.^a de Larráinzar; cuatro volúmenes, 3.^a edición española, Madrid, Ediciones FAX, 1942.

JULIO LEBRETÓN.—*La vida y doctrina de Jesucristo Nuestro Señor*.—Traducción del P. Feliciano Cereceda. Prólogo del P. Victoriano Larrañaga. Dos volúmenes, 2.^a edición española, Madrid, Editorial «Razón y Fe», 1942.

Conocidas son ya de nuestro público estas dos modernas biografías del Señor, que tanto bien han hecho a las almas y que de nuevo se presentan, en una tercera y segunda edición, respectivamente, a los lectores de lengua española.

De la primera de las dos obras pudo escribir el P. Lagrange, buen conocedor del campo bíblico, apenas hizo su aparición el año 1922 en París: «No se puede pedir cosa más completa ni más moderna en la materia». Y M. Michel añadía por su parte: «Es, sin duda, la vida más completa que se ha producido bajo todos los aspectos hasta

el presente». La comparación se establecía con las de Didoñ, Le Camus y Fouard, que le habían precedido en Francia. Más tarde habían de venir superándola las biografías de Julio Lebreton, Fernando Prat y José Ricciotti.

El benemérito Sulpiciano y sucesor de Alfredo Loisy en la cátedra del Instituto Católico de París dió su obra como fruto maduro de cinco lustros de enseñanza en Reims, Lyon y París, en el ocaso ya de su vida; en ella se aprecia todo el ingente trabajo de este siervo bueno y fiel del Señor en el campo de la literatura evangélica, frente a los ataques del Racionalismo moderno.

Más personal y poderosa, la obra del P. Lebreton ha brotado del contacto directo con los Evangelios y de su contemplación amorosa en un alma de sabio, especializado como nadie en la historia de los orígenes cristianos. El sello propio de sus dos volúmenes está en que ha hecho de su estudio un estudio eminentemente religioso, según lo pide el carácter mismo de los relatos evangélicos, en que se funda, aunque con amplia base documental histórica.

Al recorrer, de la mano del P. Lebreton, los caminos de Palestina nos sentimos en plena luz de mediodía. Las páginas de los Evangelios, al pasar por su pluma de historiador religioso, las vivimos más próximas a nosotros. Volvemos a andar, en compañía del peregrino disfrazado, los caminos de Emaús, según es él la luz y el calor que dejan en nuestras almas sus palabras.

Nadie ha expuesto tal vez como él los valores religiosos, dogmáticos y morales de las enseñanzas de Jesús. De ahí también el gran relieve y extensión que alcanzan en su plumá; así, el Sermón de la Montaña ocupa las páginas 145-208 de su primer volumen; como la última Cena, las páginas 173-230 del segundo. Como estudios religiosos, en los que visiblemente se deleita y recrea el autor, destacan algunos misterios, sobremanera ricos de sentido para toda alma cristiana; entre ellos hay que citar en primera línea la institución de la Eucaristía y, sobre todo, la agonía del Señor en Getsemani.

Del primero de esos estudios ha dicho el P. Huby que su exposición, bajo todos los aspectos del misterio; su institución histórica, su valor de sacramento y de sacrificio que se ha de perpetuar a través de los siglos, es de una plenitud admirable, que hace de estas páginas una pequeña «Suma», en el sentido medieval de la palabra. Y del segundo me atrevería a afirmar que toca cimás tan altas, que difícilmente podrán ser igualadas.

El historiador de los Orígenes del Cristianismo y el teólogo positivo, el exégeta y el crítico, el hombre de ciencia y el hombre de Dios se han dado cita para escribir una obra tan iluminada y bella.

VICTORIANO LARRAÑAGA, S. I.

LUCIUS RODRIGO, S. I.—*Praelectiones Theologicomorales Comillenses*: Tomo II, *Tractatus de Legibus*.—Un volumen de 24,5 × 16 centímetros y XXXII-720 páginas., Editorial «Sal Terrae», Santander (España), 1944.

Con honda satisfacción damos la más respetuosa bienvenida a esta obra magistral, fruto maduro de un benemérito profesorado de Cánones y Moral que cuenta veintidós años de cátedra.

Porque, día tras día, se la fué desgranando en brillantes lecciones, no causará ninguna sorpresa a las veinte últimas promociones de alumnos que frecuentaron las aulas de la Universidad Pontificia de Comillas, diseminados en gran número por los ámbitos de España entera y en algo menor escala por Hispanoamérica y aun por Alemania, China, Holanda, Filipinas, Inglaterra, Irlanda, el Japón, Polonia y Portugal.

En cambio, no creo temerario aseverar que habrá de ser una grata revelación para los especialistas nacionales y extranjeros. El P. Rodrigo no había publicado hasta el presente trabajo alguno de investigación científica, salvo el reciente *De relatione inter Probabilismum iuridicum statutum can. 15 Codicis Iuris Canonici et Probabilismum moralem*, aparecido en *Comillas, Miscelánea*, p. 83-130. De un salto se planta en la primera fila... La obra habla por sí sola; ella no me dejará mentir.

Por el momento, no puede prefijarse el número de tomos; quizá no baje de diez o doce, cuya preparación total está muy adelantada. Acaba de salir el primero en el orden cronológico y segundo en el sistemático. Pronto le seguirán otros dos, casi ultimados. Empezando por la corteza y terminando por la médula, veamos de señalar sus características técnicas y de dibujar su textura íntima y de subrayar alguna de las múltiples aportaciones nuevas que trae al campo teológico-moral.

LA TÉCNICA.—No dudo en calificar de modelo el tomo que tengo a la vista, por el soberano dominio y el gusto exquisito con que maneja todos los recursos de las modernas artes gráficas, por la maestría con que pone a contribución y se beneficia de las fuentes y de la bibliografía antigua y moderna y por los variados índices, que permiten al atareado consultante localizar y explotar en seguida los ricos filones del libro.

Porque en él intervienen las cajas con la variedad y riqueza de sus cuerpos y tipos, no combinados al azar, sino formando un todo de gran perfección estética, fiel reflejo de su belleza interna. Por los ojos de la cara entran al avisado lector la trabazón y la jerarquía de los valores ideológicos, sensibilizadas en caracteres de imprenta... No tiene nada de extraño. Esta pericia singular es antigua en el autor, afinada más y más con los años. Veinticinco hace, en plena juventud y no especializado todavía en sus estudios económicos-sociales, vistió con aquel espléndido ropaje, tan celebrado de propios y extraños, el *Summarium Theologiae Moralis*, del P. Arregui; pero entonces se encerró en el anónimo y sólo unos pocos iniciados pudieron cantarle el *sic vos non vobis*...

Pues, ¿qué decir del procedimiento rigurosamente científico con que trata las cuestiones? Acude personalmente a las fuentes, esfuérase por interpretarlas, e interprétalas bien y las alega con fiel precisión. Conoce, hasta agotarla, la bibliografía clásica en la materia, la reciente y la recentísima, a no ser cuando las dificultades actuales del correo internacional le han impedido tener a mano la última edición de algún escrito y tal vez alguna que otra monografía o artículo de revista extranjera. En cuanto a las citas, sigue el criterio de inteligente selección, intermedio entre la sobrecarga fastidiosa e inútil y la omisión absoluta e injustificable.

Punto de la mayor importancia metodológica son los índices de una obra. Alguien los ha llamado la cortesía del autor a sus lectores... Siendo así, mucha debe ser la cortesía del P. Rodrigo, porque

no ha regateado tiempo ni paciencia para enriquecer este volumen con los índices siguientes: analítico de toda la obra, el uno (p. V-XXVIII); el otro, alfabético de autores y de obras consultadas (p. XIX-XXVIII), y alfabético de materias, el tercero (p. 677-708); a los cuales hay que añadir dos más, el alfabético de autores alegados (p. 709-712) y el numérico de cánones citados y comentados (p. 713-717). En total, cinco índices bien logrados. Véase, por ejemplo, el último, el numérico de cánones, y advertiráse que aquellos que han sido interpretados más de propósito se distinguen de los demás en los tipos negritas...

LA CONTEXTURA ÍNTIMA.—Pero dejémoslos ya de cortezas; penetremos en la contextura íntima. ¿Qué problemas entraña y cómo se entrecruzan y encadenan?

Ciencia de tan compleja integridad como la Teología es de muy difícil sistematización. El autor se sobrepone a rosamente, dividiéndola en distintas series. La primera abarca toda la Teología moral fundamental, que tiene por objeto los actos humanos en sí mismos y en su norma interna y externa, en cuanto morales y sobrenaturalmente meritorios o demeritorios y delictivos, vistos por la razón humana y la fe divina.

Aquí encuadra el segundo tomo. Estudia *las leyes* que para el moralista constituyen la norma externa de los antedichos actos humanos. Sin ser propiamente filosófico ni jurídico, el tratado exige gran competencia de filósofo del derecho y de juriconsulto civil y canónico, porque presupone un sinnúmero de postulados básicos tomados de estas ciencias. Para evidenciarlo, baste una rápida ojeada a los cimientos del edificio, junto con sus pilastras, arcos y nervaduras.

La fábrica es inmensamente grandiosa. Comprende dos grandes cuerpos o secciones: leyes en general (p. 3-415) y leyes en especial (p. 415-675).

Subdivídese la primera sección en seis capítulos, que tratan, respectivamente: 1.º, de la naturaleza de la ley, o sea, de su concepto, propiedades, especies y necesidad, y actos análogos (precepto, estatuto, decreto y consejo); 2.º, de sus causas; es decir, de la eficiente y de cuanto a la jurisdicción atañe, y de la material y de la receptora (sujeto pasivo), con las graves dificultades que suscitan; 3.º, de su institución, mirada por parte de la promulgación, de la vacación y de la aceptación; 4.º, de su eficiencia, ora preceptiva, ora permisiva, ahora penal, ahora irritante; 5.º, de su interpretación, simplemente tal o epiqueyica, y 6.º, finalmente, de su cesación, *propia*, así intrínseca como extrínseca, e *impropia*, en las causas excusantes de ignorancia, duda e imposibilidad y en las eximentes, sobre todo en la dispensa.

La sección segunda analiza en dos capítulos las leyes especiales: 1.º, la ley divina, eterna y natural, y la divinopositiva, mosaica y evangélica; 2.º, la ley eclesiástica, ya escrita y procedente del Código, de la Curia romana o de mero precepto, ya consuetudinaria, ya introducida por rescripto y privilegio... Pudiera seguir aquí el estudio de la ley concordatoria, litúrgica y estatutaria, pero acaso abultase demasiado el volumen; no le faltará otro lugar oportuno.

Entre los órdenes que podían adoptarse, el trazado me parece lógico como el que más; la proporción de partes es eufónica, dentro de la importancia relativa de cada una; el desarrollo de las cuestiones alcanza desde las raíces más profundas hasta las ramas más altas, escudriñándolo todo, sin perjuicio de la concisión, que evita

amplificaciones inútiles. Y todo ello vaciado en períodos de puro corte ciceroniano, quizá no siempre fáciles de saborear a paladares hechos a latinidad menos clásica.

APORTACIONES NUEVAS.—Diríase punto menos que imposible introducir en el siglo XX novedades científicas en un libro como el *De Legibus*, creado por Alejandro de Alés y acabado por Santo Tomás en el siglo XIII, y del todo redondeado y perfilado por Suárez a principios del siglo XVII... Ciertamente que el Código canónico vigente, cuyas *Normas Generales* tantas innovaciones han hecho en las leyes eclesiásticas, data de hace un cuarto de siglo; mas, ¿qué añadir o reformar en los comentarios de que ha sido objeto, en el de los Michiels, en el de los Van Hove?

En el ubérrimo campo jurídicomoral de las leyes hay principios inconcusos que declarar y aplicar, y disputas antiguas y modernas que exponer y justipreciar. Pues he ahí los panales en que nuestro autor deposita sus mieles. De mí sé decir que del estudio de este libro he recibido uno de los más finos placeres intelectuales de mi vida: por el suave esfuerzo mental que su originalidad impone y porque capta y satisface muchas de las inquietudes científicas que a menudo torturan a quien vive enfrascado en tales materias. Traer aquí por menudo las notas que he tomado equivaldría a recorrer una por una las páginas del volumen. No faltará ocasión de volver sobre ellas más despacio en otro lugar; contentémonos ahora con un par de ejemplos.

Viene estudiando la causa material de las leyes, los actos humanos sociales sobre que pueden recaer. Por su manifestación, los divide en externos, internos y mixtos. En los números 85-91 aborda el problema de los *actos mixtos*. Pues bien. Indudable cosa es que la autoridad social puede imponerlos en ocasiones determinadas, como puede imponer el juramento; indudable también que Suárez lo había profundizado como nadie... Y a pesar de todo, ¿quién ha enfocado integralmente el problema como el P. Rodrigo, quién como él ha separado lo cierto de lo incierto, reforzando los argumentos antiguos y aduciendo otros nuevos, y quién ha hecho las certeras aplicaciones que él hace?

El que tanta novedad sabe dar a los principios, ¿qué no hará con las controversias? Mucho discutieron los autores del pasado y siguen discutiendo los de nuestros días sobre la ley puramente penal, su posibilidad, su existencia y su teoría. De todo da cuenta y razón en los números 340-355. Ni se contenta con exponer ni examinar. Declárase posibilista y emite teoría propia, lo mismo respecto de la ley puramente penal común que de las reglas de ciertos religiosos que no obligan a pecado... Punto este último que el P. Mazón esclarece definitivamente en su preciosa monografía, *Las Reglas de los Religiosos*; pero la teoría de la *imperfección moral positiva*, por aquél renovada y pulida, y aceptable en el orden simplemente moral, completala el P. Rodrigo en el orden jurídico y social.

No todas las apreciaciones del libro serán por todos compartidas; tampoco el autor lo pretende, antes suele condimentar su opinión con la sal de una modestia y moderación ejemplares. Muchas, empero, se abrirán camino entre los sabios; ninguna será desechada por indigna de un gran talento.

Tales creo las aportaciones nuevas, la contextura íntima y la técnica del tratado *De Legibus*. No veo reparos que oponerle, sea porque no los hay, sea porque desde las alturas a que nos encumbra las pequeñeces no se divisan.

Si los demás volúmenes no desmerecen de éste (he visto el original del tratado *De Conscientia*; para mí tengo que no le va en zaga), el conjunto de la obra pasará de vuelo a todas las conocidas y publicadas de dos siglos acá, e irá a entroncar con S. Alfonso y Lugo, Castropalao y Laymann, y Suárez, y Aragón, y Soto...

Que el Señor prospere la inagotable capacidad de trabajo y las no muy sobradas fuerzas físicas de este nuestro venerado maestro y amadísimo comprofesor, con las que pueda dar cima venturosa a la monumental empresa que lleva el título de *Prælectiones Theologico-Morales Comillensés*.

F. LODOS, S. I.